

---

---

## CAPÍTULO V.

EL MODO DE SER ACTUAL DE LA MUJER LA DEBILITA FÍSICA Y MORALMENTE, Y CONTRIBUYE Á SU DESGRACIA Y Á LA DE SU FAMILIA.

Si la mujer de su casa carece de virtudes sociales, ¿en el círculo del hogar tendrá al menos la perfección que desean ó suponen los que la encierran en él?

Si no puede contribuir á formar ciudadanos ilustrados y virtuosos, ¿dará siquiera á la patria hombres robustos?

Si no coopera al público bien, ¿será al menos dichosa? ¿Le bastará encerrarse en su casa y prescindir de todo lo que no sea su familia para sustraerla y sustraerse á los males y á las influencias sociales?

Resueltamente contestamos á estas preguntas

de un modo negativo, y no nos será difícil razonar nuestra negación.

Dícese que el que se propone un objeto, tácita ó explícitamente acepta los medios; pero es harto común desconocer los más apropiados, ó por cualquier motivo negarse á emplearlos, y en cuanto á la mujer se refiere, suelen acontecer entrambas cosas.

En el fondo del pensamiento de muchos hombres, de la mayor parte, hay una levadura de egoísmo y poco aprecio de la mujer, que tiende á considerarla, no como *fin*, sino como *medio*, y aun los que desean que se instruya, es raro que ni en extensión ni en intensidad quieran que sepa más de aquello que al parecer de ellos necesita para regir bien la casa. Así, verbigracia, el Ayuntamiento de Madrid quiere establecer un centro para enseñanza superior de la mujer, que abrazará, entre otras cosas: «Higiene y nociones de medicina doméstica; moral, con aplicación á los deberes de la mujer en la sociedad y en la familia; nociones de derecho y de economía en sus relaciones con la familia; elementos de botánica y zoología, con aplicación á la agricultura, industria y comercio, y á la cría de animales útiles, etc.»

Después de dominado el temor que inspira una *medicina doméstica* practicada por personas que no tienen conocimiento alguno de fisiología, al ver que la moral ha de tener *aplicación* á los deberes de la mujer, ocurre preguntar: ¿cómo será la moral *sin aplicación*? Puede que sea la que aprenden muchos hombres, que, en efecto, no suelen jamás aplicarla.

Prescindiremos de varias consideraciones á que da lugar el programa de estudios arriba mencionado, limitándonos á observar en él esa tendencia á no dar á la mujer sino aquellos conocimientos susceptibles de *aplicarse* inmediatamente, ni desarrollo en ella á otras facultades que á las que puedan ser útiles. ¿A qué aprender botánica, sino para cultivar trigo, ni zoología, sino para saber cómo se han de cebar los pavos?

Aun los que consideran á la mujer más que como hembra, y la tienen por un ser racional, y quieren para su inteligencia alguna cultura, suelen proponerse por principal, si no por único objeto, el *prepararla para que sea buena madre*. ¿Y en qué consistirá que se instruye á los jóvenes para que sean abogados, médicos y arquitectos, y no para que *sean buenos padres*? Pues á la verdad, no nos parece que sea cosa

más fácil ser buen padre que buena madre, y aun pensamos lo contrario, porque si bien la mujer tiene que ocuparse más en los hijos cuando son pequeños, también el sentimiento y el instinto son en ella más poderosos y la sostienen é impulsan muchas veces á trabajos y sacrificios para los que el hombre necesita más auxilio de la idea del deber, y por consiguiente, más conocimiento de él, y preparación reflexiva. Pero sin insistir en la mayor dificultad, nadie podrá negar que han de vencerse muchas para ser buen padre, y parece extraño que no se trate de superarlas cuando se trata (en teoría) de la educación, como al hablar de la que debe recibir la mujer. Esto prueba con qué lentitud se pasa de practicar el error, no sólo á realizar la razón, sino á quererla, y cómo aun elevando á la mujer de la categoría de hembra, se la deja casi todo el peso de la prole en la esfera íntima, peso superior á sus fuerzas, material, moral é intelectualmente mermadas por el mal régimen á que se somete su vida física y la del espíritu.

Ahora, hace poco, un grupo no muy numeroso, pero muy escogido, hace una revolución en el mundo intelectual, proponiéndose, al instruir á los niños y á los jóvenes, educarlos al mismo

tiempo, y prepararlos, ante todo, para que sean *personas* primero, y después ingenieros ó naturalistas. Pues esto que se inicia en la educación de los hombres, hay que hacerlo con la de las mujeres, procurando que cultiven sus más elevadas facultades, que purifiquen sus sentimientos, que enfrenen en lo que puedan tener de desordenado sus instintos, que fortifiquen y ennoblezcan su carácter, y entonces, cuando sean *personas más perfectas*, serán *mejores madres*, porque la perfección de la madre, como la del padre, no puede consistir en la aplicación *parcial* de ciertos elementos humanos, sino en la *total* de cuanto constituye la mujer y el hombre, como ser inteligente y afectivo. El hombre hace cuanto puede por empequeñecer, por rebajar á la mujer, y luego quiere que, como madre, se eleve y sea grande, que es como privar á una persona del sustento necesario, y pretender que levante pesos enormes. Y ya que por la comparación hemos venido á lo físico, notaremos que físicamente es también la mujer de su casa muy inferior á lo que debía ser, y cría á sus hijas para que perpetúen y aumenten esa inferioridad. Como indicábamos más arriba, se ha observado la decadencia de la raza en los dos extremos, el

de los que se embrutecen y el de los que ejercitan con exceso sus facultades mentales, atribuyendo á este exceso la debilidad de los últimos. Sin negar el pernicioso influjo del exagerado trabajo intelectual, llamaremos la atención sobre la decisiva influencia de la hembra en la conservación y mejora de las especies, y cómo la nuestra ha de resentirse en ciertas clases de la educación y régimen de vida de las mujeres.

La mujer casada,  
La pata quebrada;

dice un refrán que resume de una manera bruta, pero muy expresiva, que el ideal de la madre de familia es que viva en reclusión.

Los inconvenientes de la vida sedentaria no se neutralizan con ninguna especie de ejercicio ni gimnasia en el hogar; al contrario, las niñas no han de tener juegos de muchachos (es una cosa muy fea), sino jugar sentadas ó moviéndose muy poco, de modo que sus músculos no se desarrollen ni sus fuerzas se ejerciten. Poco aire, poca luz, poco movimiento, tal es el régimen propio de señoritas, al cual hay que añadir trajes tan incómodos como feos, que embarazan sus movimientos, y calzado que no las deja an-

dar. De este modo, combinando las rancias preocupaciones españolas con los figurines franceses, privan á la mujer del indispensable ejercicio, y la atavian de manera que son un ataque permanente á la estética y á la higiene, y hasta al sentido común, porque hay ocasiones en que las señoras más parecen grandes muñecas con malos resortes que personas racionales. Los sastres de París desfiguran también á los hombres, y en ocasiones mucho, es cierto, pero bajo la base de que el traje ha de ser siempre serio, cómodo é higiénico, porque comprenden que no se dejarían abigarrar con colorines y mortificar con estrecheces. Pero respecto á las mujeres, no hay razón de gusto, de comodidad ó de higiene que les ponga coto; ellos á pintar, y ellas á estudiar los menores detalles de la pintura para que su traje la reproduzca fielmente. ¡Cuántas no aspiran á mayor elogio (ni le merecen) que á parecer figurines!

Esta continua y general infracción de las reglas de higiene, perjudicial á la salud, tiene que serlo á la prole, y lo es, en efecto, porque la debilidad de la madre se refleja en el hijo, al que da estrecho claustro, pobre sangre, y con frecuencia no puede proporcionarle el primer ali-

mento. *No quieren* (se dice), *dejan de criar por egoísmo, por comodidad*. Algunas hay de tan vil condición, pero son muchas más las que no pueden, y tantas, que los hijos de los señores perecerían á millares si no los sustentaran á sus pechos las mujeres del pueblo (1). Se ve, pues, que las de las clases medias y elevadas (en el sentido económico de la palabra), fisiológicamente no son buenas madres, por endebles y enfermizas; de modo que á la vez se mutila el sér intelectual y se debilita la hembra. Nada más lógico, y no obstante, parecerá extraña la proposición de que, si se quiere que las señoras sean madres más robustas, es necesario que sean personas más formales.

La ignorancia de las leyes de la higiene; la vanidad; el terror del qué dirán; el apego al hábito y la rutina; la timidez (no siempre unida á la modestia, la humildad y la prudencia), que constituyen uno de los atractivos del sexo, son con frecuencia obstáculos para las más saluda-

(1) Se dirá que aun éstas no pueden criar á veces en las grandes poblaciones; pero sobre que el caso es muchísimo menos frecuente que entre las señoras, no coexiste, como en éstas, con la salud y la abundancia, sino que es efecto casi siempre de la miseria y de la enfermedad.

bles reformas. Un círculo de errores y preocupaciones hormiguean en torno de la mujer, formando una atmósfera que la envuelve; todo conspira contra el régimen propio para fortificar su físico y el de su familia.

Si alguno extraña que incluyamos la vanidad entre los elementos hostiles á la higiene, le invitamos á que observe, y verá cuántas veces, por satisfacerla, se cercena el nutritivo adecuado alimento, el conveniente abrigo, y hasta el aire y la luz. ¡El aire y la luz! ¡Exageración! No, no lo es. En una casa entra un médico razonable, y receta para una prole escrofulosa la traslación de los dormitorios lóbregos y sin ventilación á la sala de recibo, que tiene aire y sol de mediodía; en otra, la señora que, á consecuencia de un viaje, tiene dificultades pecuniarias, se alaba de que sus hijas (que necesitan como alimento aire y sol) no salieron de su casa hasta que pudo realizar algunas economías y presentarlas vestidas como correspondía á la posición social de su padre..... y así tantas y tantas.

El régimen actual, que es malo para dar á luz y criar hijos robustos, ¿será bueno para educarlos? Tampoco. Si debilitando el cuerpo la prole ha de resentirse de su debilidad, debilitando el

alma, toda influencia intelectual será, ó débil, ó perturbadora: parece evidente que un espíritu limitado no puede ser experto guía ni firme sostén.

No es raro que los padres digan (y con razón) que las madres *echan á perder á los hijos*; lo que callan es que ellos echan á perder á las madres. Los que escriben sobre educación suelen poner en relieve, y algunos en ridículo, lo mal que la mujer desempeña su papel de educadora; cómo con su ignorancia, con sus caprichos, con sus desigualdades, con sus contradicciones, con sus impaciencias y sus tolerancias excesivas, con su falta de perseverancia y carácter, resabia, extravía, á veces contribuye á desmoralizar á los hijos.

Este mal, más ó menos graduado, es, con pocas excepciones, cierto; pero como todos, tiene sus causas, que deben investigarse, siendo pura declamación y palpable injusticia acusar á la mujeres de capitales defectos y hacer al mismo tiempo de modo que no puedan menos de tenerlos.

La ignorancia de la mujer hasta aquí, y aun ahora por regla general, es invencible, de modo que ningún cargo puede hacerse de ninguna de sus consecuencias. Pero de la ignorancia

puede decirse, como del espíritu del *mal*, que es *legión*, y sus efectos son tan numerosos y se ramifican de tal manera, que influyen en la vida toda, ya directa, ya indirectamente. En las mujeres pobres que trabajan mucho, la ignorancia embrutece, pero extravía menos que en las clases bien acomodadas, porque halla diques en la ocupación continua y en la pobreza, que no deja tomar vuelo á la imaginación desbordada, ni ofrece recursos á los caprichos dispendiosos. Pero la falta de instrucción en las señoras no sólo las priva de los conocimientos necesarios para dirigirse y dirigir á su familia, sino de recursos contra el tedio, y de medios propios para combatir todo género de puerilidades, elevar las ideas, purificar los gustos y fortalecer el carácter. Si se notan á veces los inconvenientes de la falta de instrucción en lo que directamente se relaciona con la familia, pocos observan sus resultados indirectos, mucho más importantes, ni se aperciben de que el daño hecho á la mujer ha de encontrarse en la hija, en la esposa y en la madre.

La instrucción dilata y eleva; la ignorancia reduce, rebaja la actividad que necesita empleo, y cuando no puede subir, descende, porque es

preciso que en alguna esfera se mueva. El marido se queja de que su mujer está llena de caprichos; de que no piensa más que en trapos y joyas; de que por la cosa más fútil se disgusta y se irrita; de que insiste con porfiado empeño en lo que carece de importancia ó de razón; de que con sus puerilidades vehementes forma como una red, que la envuelve y produce mal-estar, disgustos, en ocasiones conflictos y ruina. Pero ¿cómo no reflexiona que no pudiendo ocuparse en cosas grandes, ha de dar importancia á las pequeñas, y que reducida á un estrecho círculo, ha de multiplicar en él sus movimientos, como el pájaro en la jaula, y unir, á lo pueril ó absurdo del objeto deseado, la vehemencia del deseo? El espíritu del hombre se ejercita en cosas más grandes y en *mayor número*; el de la mujer, que no es menos activo, tiene que limitarse á las de menor importancia, siendo cosa muy natural que forme porfiado empeño en conseguir las más insignificantes. Este es el medio en que se la coloca, el impulso que se le da, y si alguna con fortaleza resiste, muchas tienen que ceder á él y ser arrastradas por la corriente.

Semejante error es capital y trasciende á la

existencia toda de la mujer: no sabemos, ni nadie sabe, hasta qué punto son innatas y exclusivas de ella ciertas inclinaciones pueriles y vanidosas; pero no hay duda que debían combatirse, y que se favorecen y fortifican. Para combatir las, no puede haber otro medio que levantar el espíritu á las cosas grandes, ocuparse en cosas serias, formar hábitos razonables, sustituir la vanidad con la dignidad, ó si tanto no se logra siempre, siquiera con el orgullo; evitar la monotonía, variando los trabajos y direcciones del espíritu de una manera armoniosa con sus múltiples facultades.

Al régimen sedentario que, debilitando el sistema muscular y sanguíneo, determina la preponderancia del nervioso, se une la falta de ejercicio intelectual, que deja á la imaginación extraviarse, y concentrando la actividad toda del espíritu en los afectos, los convierte en poderes avasalladores, por falta de freno y de contrapeso. Se dirá que las mujeres no aparecen, con tanta frecuencia como los hombres, infringiendo la ley moral en materia grave; cierto que pagan menor tributo al crimen, al delito y al suicidio, pero dan al vicio un horrible contingente, y la desgracia se ceba en ellas de una

manera cruel. Prescindiendo de todas las demás desventajas, y limitándonos al mundo de los afectos, puede decirse que son más desdichadas que los hombres. ¿Quién duda que si tuvieran más recursos intelectuales y vida más activa; si fuesen menos nerviosas é impresionables, llevarían al combate de la vida fuerzas que hoy les faltan, y sus cariños se convertirían menos veces en pasiones, con las que tienen que vivir como con una fiera dentro de su jaula?

Cuando se considera que aun en las malas condiciones en que vive, la mujer peca y delinque tanto menos que el hombre, duele que no se haga más por su moralidad y su dicha, desconociendo que su dolor ó su disgusto no pueden ser un elemento de bienestar para la familia. ¿Por qué muchas que de jóvenes eran de buen carácter, tienen después mal genio, son irritables, cócoras, regañonas, diferencia que no suele notarse en los hombres, al menos tan graduada? Se han *agriado*, palabra gráfica, que significa la acritud de muchos elementos de su existencia, los cuales constante y calladamente han influído en ella por falta de otros que los hubieran neutralizado.

Uno de los mayores enemigos de la mujer, á

veces de su virtud, es el *tedio*, consecuencia de la monotonía de su vida y la falta de recursos intelectuales. Los daños del tedio (verdaderos estragos) son poco perceptibles, porque no hacen explosión, sino que corroen ó depravan las afecciones, poniendo el alma en una situación que recuerda la del cuerpo cuando apetece sustancias que no son alimenticias y dañan gravemente la salud. Muchas faltas, muchas imprudencias, para las que no se encuentra explicación, la hallarían si con cuidado se analizasen los efectos del tedio y se averiguara cuánto se ha aburrido la mujer á quien se censura. Aunque parecería insensato ante un juez, ó ante el tribunal de la opinión, alegar como circunstancia atenuante de una falta grave el *tedio*, cuando se gradúa mucho, si se estudiara bien, se le reconocería como fuerza perturbadora capaz de contribuir á grandes trastornos, ó lo que es lo mismo, que hay muchas personas que serían mejores si se hubieran aburrido menos.

Como ciertas enfermedades, activando las funciones de un órgano anormalmente, las hacen más perceptibles, los grandes sufrimientos del espíritu manifiestan la manera de extraviarle aun en aquellos casos que aparecen muy dife-

rentes, pero que no difieren en la calidad, sino en la cantidad del peso que le abruma. ¿Qué es lo que enloquece ó impulsa al suicidio al recluso en una celda á quien se aísla y priva de trabajo? Algo la falta de sociedad, en mucha parte el tedio, como lo prueba el alivio que siente, y cuánto se normalizan las funciones de su espíritu, cuando *se distrae* con el trabajo. Este caso extremo, si no puede aplicarse como comparación, tiene su valor como análisis, y demuestra la esencial malignidad de un elemento, que cuando se gradúa, perturba la razón y hace odiosa la vida.

Es posible, y aun probable, que todo esto parezca, ó absolutamente falso, ó tan exagerado, que aparte de la verdad, y no sólo á los hombres, sino á las mujeres que se habitúan desde niñas á todo género de limitaciones y de vetos, y viven en la monotonía y en el tedio, como los que, acostumbrados al aire impuro, le respiran sin repugnancia, pero no sin daño. No analizan ni distinguen las desventajas naturales inevitables, de las sociales que podían evitarse. Como hay dolencias propias del sexo, hay también fastidios propios de él, que se padecen sin protesta. Saben que la mujer ha de aburrirse infinitamente más

que el hombre, ó no lo saben, y rodeadas de una atmósfera de ignorancia, de apocamiento depresivo, de fatalismo ó de resignación que las sigue en todos sus movimientos, sufren, como giran con la tierra sus habitantes, sin apercibirse de que se mueven. Los que pretenden mejorar su condición, suelen parecerles gente visionaria, cuyas ideas irrealizables no carecen de peligros, y que, á vueltas de su buen deseo (si le tienen), demuestran un orgullo ofensivo á las que intentan favorecer. ¿Sabrán mejor que ellas lo que las mortifica ó las conviene? Si no se sienten enfermas, ¿á qué hablarlas de su falta de salud y de los medios de recobrarla? ¿No es pretensión, á más de ridícula, exorbitante?

No todas las mujeres califican así el conocimiento de su situación actual y el deseo de mejorarla. Las hay que han despertado del letargo de la costumbre y de la fatalidad, que sienten el dolor de las ligaduras, el frío de la inacción, el peso del tiempo no racionalmente utilizado; que comparan su vida triste y estéril con la más fecunda y dichosa de hombres que no valen más que ellas, y en fin, que se rebelan á voces ó en silencio contra dictaduras rutinarias y definiciones dogmático-brutales. ¿Cuántas son las

que protestan ostensible ó calladamente? ¿Quién lo sabe? Tal vez pocas, acaso más que se supone, porque la opinión torcida, como todos los tiranos, sofocando las quejas, ignora el número de los descontentos. Pero el número no da ni quita razón, y grande ó pequeño, el de las mujeres que la tienen no deja de estar en su derecho calificando de anómala, injusta y dañosa para todos su situación actual.

Muchos hombres, á la manera de los déspotas, llaman orden al silencio, y se congratulan de la quietud que hay en su casa, calma aparente parecida unas veces á la que precede á las tempestades, y otras á la que se disfruta á orilla de los pantanos cuyas emanaciones son pestilentes. Ya se sabe que ninguna fuerza se destruye, y las actividades comprimidas se acumulan y dan lugar á explosiones, como el vapor comprimido en una caldera sin válvula. La inacción intelectual, y aun material, de la mujer, no puede ser la paz, porque no es la armonía; y el hombre, engañado por aparente sosiego, siente escozores y picaduras de insectos invisibles, ó dormido en un oasis despierta sobre un abismo. En los grandes conflictos, en las pequeñas contrariedades, y siempre, tiene (heredadas) muchas frases que

emplea, medio como sentencia, medio como desahogo, y que todas vienen á significar que la mujer es un enigma indescifrable. Y ha venido á serlo en más de una ocasión, no entendiendo ella, ni siendo posible que nadie entienda, aquel remolino que debía ser una corriente, si las fuerzas naturales no estuviesen contrariadas por la opinión y por las leyes que habían de favorecerlas.

Un día contemplábamos las olas, que, aprisionadas entre obstáculos artificiales, retrocediendo, variando de dirección, chocando con las que venían detrás, formaban conos rugientes y espumosos, y un hervidero de corrientes encontradas de donde no hubiese podido salir la nave más velera. Involuntariamente comparamos aquel trecho de mar, cuya agitación no era natural, con el espíritu de muchas mujeres, agitado en opuestas direcciones por la naturaleza y la sociedad, entre obstáculos que rechazan y fuerzas que empujan, y expuesto á peligros que no dejan de ser grandes porque sean obra del hombre. Este ve el efecto, y en vez de estudiar sus causas, le califica de enigma.

Se ha querido limitar la vida de la mujer, física, moral é intelectual, de manera que no sa-

liese del hogar doméstico, sin ver que no era obra de *concentración*, sino de *mutilación* la que se hacía; que de la criatura debilitada no podía salir la mujer fuerte, ni de la persona rebajada y empequeñecida, la gran figura de la esposa intachable y de la madre modelo.

El egoísmo que se encierra en el hogar doméstico, ó la ignorancia que no sabe cómo salir de él, pueden concentrar allí todos los afectos, pero no los bienes, ni impedir que entren males tanto más intensos, cuanto menos se hizo para combatirlos.

El que prescinde de los deberes sociales se parece al obrero que con otros lleva una viga pesada y aparta el hombro para que hagan el trabajo sus compañeros, los cuales, con igual idea y realizándola al mismo tiempo, dejan caer el peso que los lastima á todos. Así las cargas sociales que, como el material puesto en obra, pueden dar un resultado útil, si nadie las sostiene, se desploman sobre los que no han querido levantarlas.

Si la mujer de su casa fuera sola en querer que los suyos no se molesten, no se fatiguen, no hagan sacrificios por el bien público, y se aprovechen cuanto puedan de las ventajas que la so-

ciudad les ofrece, su egoísmo, si no sancionado por la justicia, podía ser aplaudido por el éxito. Pero no sucede así; no es sola: hay cientos y millones de mujeres que han hecho, hacen, y por desgracia harán como ella; que no se ocupan en deberes sociales, sino en ventajas propias, resultando que en aquella tierra que quieren segar, después de haber contribuido á que no se siembre, falta la cosecha.

Si es cómodo no tener mucha delicadeza ni escrúpulos en los negocios, es molesto luchar con los que ni escrúpulos ni delicadeza tienen;

Si es descansado reposar holgadamente en casa, es fatigoso al salir de ella, en vez de encontrar caminos allanados, no encontrar sino obstáculos renacientes;

Si es provechoso cerrar la mano al dón, es perjudicial el resultado de que todos la cierren.

Los niños que hoy no se socorren y dirigen, son los secuestradores y las prostitutas de mañana; la joven que no se apartó del precipicio, hará caer en él á las personas queridas de quien podía haberla salvado.

Si un individuo, por excepción, aparente más que real, utiliza en su provecho el egoísmo, en la colectividad, todo el bien *que se deja de hacer*

va convirtiéndose en *mal que se recibe*; la atmósfera social se forma de los hechos, de los sentimientos, de las ideas; y cuando las ideas, los sentimientos y los hechos de todos contribuyen á viciarla, es en vano que nadie se lisonjee de poder respirar aire puro. La lucha del egoísmo se entabla crónica, potente; se establecen las equivalencias del mal proceder, y la tolerancia con las culpas del hijo la devuelve otra madre absolviendo al suyo, burlador de la hija desdichada. La opinión que se contribuye á pervertir, se encuentra pervertida cuando se quiere buscar en ella apoyo contra la injusticia; y la joven que acoge al libertino y se envanece de lo que debía avergonzarla, contribuye al libertinaje, de que al fin es víctima.

Así, pues, el régimen actual, debilitando á la mujer física, intelectual y moralmente, la hace más desgraciada y menos útil á la sociedad y á la familia, y es con frecuencia una víctima que, en vez de redimir, contribuye á inmolar á los que la sacrifican.

---

## CAPÍTULO VI.

### LA DEBILIDAD Y LA FORTALEZA DE LA MUJER.

Reflexionando sobre el asunto detenidamente, no se hallan *razones* para que el sexo femenino haya sido calificado de débil, pero *motivos* se ven muchos: nos haremos cargo de los principales.

Siendo la mujer considerada principal y casi exclusivamente como hembra, no se la observaba ni se la juzgaba apenas más que en sus relaciones de sexo, y como el hombre llamó *debilidad* en ella á la misma falta que, cometida por él, fué tenida por *trunfo*, y como esta falta era frecuente, bastaba para acreditar de débiles á las que incurrieran en ella;

No sabiendo ni sospechando siquiera la fuerza que *necesita* la mujer, viendo tan sólo la que le *faltaba*, y sin hacerse cargo de lo mucho que se hacía para mermarla, era natural calificar el *déficit* de debilidad;